
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3 Anuncio del Reino y conversión
<i>Alberto Espezel</i>	5 La proclamación del Reino de Dios
<i>Marie France Begué</i>	15 “Venga a nosotros tu Reino”
<i>Xavier Morales</i>	25 ¿El Reino desde aquí abajo?
<i>Carlos Hoevel</i>	39 Filosofía de la historia y Reino de Dios: Un diálogo con la filosofía judía del siglo XX
<i>Robert Slesinski</i>	59 Alexander Schmemmann: La liturgia como Epifanía del Reino
<i>Marie-Christine Gillet-Challiol</i>	67 El Reino de Dios según Kant
<i>Gerardo Tresca</i>	79 Manifestaciones del Reino en la Argentina contemporánea
<i>Alberto Espezel</i>	87 Julián Marías y el lenguaje del corazón

LA PROCLAMACIÓN DEL REINO DE DIOS

*Alberto Espezel**

Introducción

La expresión “reino de Dios”, cuya venida Jesús anuncia invitando a la conversión (Mc.1,15)¹, indica en forma abstracta que Dios es rey y es un rey presente que actúa. Expresa el señorío de Dios, pero un señorío que se ejerce en acto. Es una designación que subraya su presencia e inmediatez. Quizás la expresión de “señorío de Dios” expresa mejor el significado de reino de Dios para nuestros oídos cada vez más alejados de las expresiones y sensibilidades vinculadas a lo monárquico.

Esta idea de presencia llegará a una primera culminación con la venida del Emmanuel (Mt. 1,22-23) que significa, justamente, “Dios con nosotros”.

Este reino ha de ser un reino de paz y de justicia salvíficas. En los sinópticos, Jesús proclama el reino de Dios como una realidad dinámica en movimiento, en ejercicio, una realidad activa: “El tiempo se ha cumplido: el reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en el evangelio” (Mc.1,15).

* Miembro del Consejo de Redacción de la revista. Profesor de teología dogmática.

¹ Seguimos de cerca el art.muy completo de Helmut Merklein, *Jesus, Kunder des Reiches Gottes*, publicado en *Studien zu Jesus und Paulus*, Mohr Siebeck, Tubingen, 1998.

La proclamación del Reino de Dios

“El reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra: sea que duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra por sí misma produce primero un tallo, luego una espiga, y al fin grano abundante en la espiga. Cuando el fruto está a punto, él aplica en seguida la hoz, porque ha llegado el tiempo de la cosecha” (Mc.4,26-29).

La expresión reino de Dios es entonces una suerte de término técnico que designa la salvación escatológica que Dios realiza a favor de los hombres.

Se trata entonces de *ver* el reino (Mc.9,1: “Les aseguro que algunos de los que están aquí presentes no morirán antes de haber visto que el reino de Dios ha llegado con poder”); de *poseerlo* (Mt.5,3: “bienaventurados los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el reino de los cielos”), de *recibirlo como niño* (Mc.10,14.15: “Al ver esto Jesús se enojó y les dijo “Dejen que los niños vengan a mí y no se lo impidan, porque el reino de Dios pertenece a los que son como ellos. Les aseguro que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él”), de *heredar* el reino (Mt.25,34: “Entonces el rey dirá a los que están a su derecha: “vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer...”), de “*entrar* en el reino” (Mc.9,47: “y si tu ojo es para ti ocasión de pecado, arráncalo, porque más te vale entrar con un solo ojo en el reino de Dios, que ser arrojado...”)

Jesús se sabe representante presente y actual del reino de su Padre. No se trata de un reino propio, al margen del Padre. El reino es el principio de acción o el criterio de acción de Jesús. Tiene conciencia de iniciar un tiempo escatológico nuevo de perdón y de gracia que trae del Padre, de quien ha salido. Esta conciencia se expresa de modo singular en una escena donde su autoridad es cuestionada por algunos: “Si yo expulso los demonios con *la fuerza del dedo de Dios*, quiere decir que el Reino de Dios ha llegado a ustedes” (Lc.11,20; cf Mt.12,28).

Esta conciencia se expresa también en el decisivo tema del reconocimiento: “quien me reconozca abiertamente delante de los hombres, el Hijo del hombre lo reconocerá ante los ángeles de Dios. Pero el que no me reconozca delante de los hombres no será reconocido ante los ángeles de Dios” (Lc.12,8 par.), donde surge la llamada pretensión de ser el juez escatológico.

Esta conciencia se funda en su peculiar relación con el Padre, a quien llama familiarmente *Abba*, y en cuya relación quiere incluir a sus oyentes. Jesús transmite de este modo una imagen específica de Dios como Padre. El funda y abre una nueva relación con Dios, desconocida con anterioridad, con estos rasgos singulares y nuevos.

Esto exige un cambio del hombre, cambio que es posible porque tiene lugar una acción de Dios que lo capacita para recibir la salvación escatológica.

La misma oración del Padre Nuestro atestigua el vocativo “Padre”, y a quien se le pide entre otras cosas, el reconocimiento de su paternidad, el cumplimiento de su voluntad y la venida plena de su reino.

Palabras del reino

Jesús hace presente el reino de su Padre aquí y ahora, por medio de palabras y obras del reino. Comencemos por las palabras del reino y su contenido central en el sermón de la montaña, en la versión de Lucas, quizás la más originaria, Lc.6, 20b.23:

“Bienaventurados los pobres, porque a ellos pertenece el reino de Dios,

Bienaventurados los que tienen hambre, porque serán saciados,

Bienaventurados los que lloran, porque reirán”.

A los pobres, hambrientos y a los que lloran se les promete y

La proclamación del Reino de Dios

concede la salvación escatológica. Se trata de una proclamación escatológica unida a la persona misma de Jesús.

Ya en la tradición del segundo y tercer Isaías (Is.49,13: “¡Aclamad, cielos, y exulta, tierra! Prorrumpen los montes en gritos de alegría, pues Yahvé ha consolado a su pueblo y de sus pobres se ha compadecido!” cf.Is. 61,1 ss) el concepto de “pobres” es una designación colectiva para Israel, para el Israel creyente. Aunque referida a la realidad del exilio, tiene una dimensión religiosa. Los pobres son los piadosos humildes, los fieles a la *Torah* en la persecución y que en tanto que pobres esperan la ayuda divina escatológica. Este concepto supone la elección divina de Israel, y tiene una dimensión tanto social, como religiosa y como escatológica.

Jesús recuerda el antiguo concepto de “pobre” abriéndolo a la conciencia de una elección colectiva. Jesús proclama que Dios realiza una acción de elección nueva y escatológica sobre el nuevo Israel.

Jesús invita al amor al enemigo (Mt.5,44, par), un amor universal, sin límites.

Aunque el judaísmo conociera el mandato de asistencia al enemigo en una necesidad, la exigencia del amor al enemigo es específica de Jesús. Se trata de un llamado a la misericordia, como Dios mismo es misericordioso (Mt.5,48 par). Este amor universal es signo del nuevo *ethos* fundado en el reino como acción escatológica y salvífica de Dios. Dios mismo, revelado en Jesús, y donado como Espíritu, se convierte en la medida del nuevo amor.

Más allá del sermón de la montaña, recordemos las tres parábolas de Lc.15 de la oveja perdida, la moneda perdida, y el padre misericordioso del hijo pródigo. Las tres insisten en un mensaje esencial del reino: la alegría del encuentro del pecador perdido y reencontrado. Y como contracara, la incapacidad de algunos (el hermano mayor, los fariseos) en participar en esta alegría del perdón. A su vez, la parábola de los obreros de la última hora (Mt.20) muestra que el Reino se parece a aquel viñatero generoso que paga lo mismo aún a aquellos que apenas han trabajado en su viña, lo que provoca la

incomprensión (análogamente al hermano mayor de Lc.15 y a los fariseos) y el enojo de los de la primera hora Mt.20,15.16: “¿No tengo derecho a disponer de mis bienes como me parece? ¿Por qué tomas a mal que yo sea bueno? Así, los últimos serán los primeros, y los primeros, los últimos”.

Y también se parece el reino (Mt.18, 23 y ss.) a aquel rey que perdona una suma inmensa a un siervo, que a su vez es incapaz dar siquiera un plazo a un deudor suyo por una suma relativamente pequeña.

Hasta aquí, el reino del Padre anunciado por Jesús es un reino de misericordia, de perdón, de amor ancho sin límites, de alegría por el pecador reencontrado, al que se corresponde con una apertura confiada y de niño a la obra salvadora de Dios. Obra salvífica que supera nuestras medidas y que puede ser inesperada, súbita, extraña para nuestros criterios.

Obras del reino

Jesús no sólo anuncia en su predicación la llegada del reino, sino que en gestos y obras (curaciones, exorcismos, milagros de multiplicación de alimentos o de salvación en una situación de peligro), hace presente al reino en acción, como acertadamente dice el cardenal.Kasper.

Comencemos por los gestos salvíficos de Jesús en relación con los pecadores. Jesús no espera solamente que vengan a El los necesitados de salvación. El estilo pastoral de Jesús nos muestra cómo *va hacia el pecador*. En Jericó va a la casa de Zaqueo, jefe de publicanos (Lc.19,1-10); llama en su seguimiento a Leví-Mateo y luego come con él, en su casa, acompañado de muchos publicanos y pecadores (Lc.2,14-17 par.). Comparte de este modo la mesa con los pecadores. Deja que una pecadora le unja lentamente los pies y los bese como signo de conversión (Lc.7,39), ante el escándalo de los

La proclamación del Reino de Dios

presentes. No ha venido a buscar a los justos, sino a los pecadores (Mc.2,17). De allí que sus enemigos lo llamen glotón, bebedor y “amigo de publicanos y pecadores (Mt.11,19 par).

Más allá de romper los hábitos sociales, lo cual puede tener su importancia, estos gestos de Jesús nos muestran cómo la salvación es ofrecida a los comensales de Jesús. La comunidad de mesa es un signo profético que expresa la gracia de un perdón que abre la posibilidad de la conversión del pecador. Por ello, las comidas con publicanos y pecadores son signos salvíficos que nos muestran el estilo pastoral de Jesús. Las comidas son vistas por Jesús como actos de re-encuentro con quien estaba consciente o inconscientemente alejado de Dios. Se simboliza así una reconstrucción de la comunidad con Dios, una comunión reencontrada.

A su vez, los distintos tipos de milagros (terapias, exorcismos, multiplicación de alimentos, pacificación de una tormenta en el mar) nos muestran también unos signos salvíficos de la acción de Dios, que devuelve al enfermo o poseído su identidad y salud, satisface una necesidad colectiva con un signo de abundancia mesiánica, o calma las fuerzas desatadas de la naturaleza. Como decíamos arriba, los milagros nos muestran *el reino en acción*.

Es importante notar la importancia de los milagros y exorcismos en la vida de Jesús, y su percepción y acogida por parte de la gente que ponía su confianza y su fe en El. El milagro presupone una forma de fe y humildad como disposición a la acción de Dios (cf.Mc.6,1-6). Donde existe esta disposición, el milagro puede llevar a su desarrollo y plenitud. Juan pone especialmente el acento en el milagro como signo (Jn.2,11). De un modo singular los milagros reparan de hecho y en forma puntual aquella misteriosa herida originaria de la creación, que ha quebrado la armonía del hombre con el cosmos, con los demás y consigo mismo.

Con razón afirma Armand Puig: “Los signos del reino expresan el reino, lo plasman, lo configuran, lo explicitan. Jesús no los utiliza nunca para certificar su éxito, sino como motivo de alabanza y

de acción de gracias a Dios. Ahora bien, sin estos signos sorprendentes y extraordinarios el mensaje del reino quedaría incompleto, vacío de su concreción. Los milagros de Jesús levantan a la persona, la liberan de su postración (en ocasiones mortal) y, ocasionalmente, muestran su poder sobre las fuerzas cósmicas. El gran signo de los panes y los peces, situado a la mitad de su itinerario vital, se convierte particularmente en una imagen de fraternidad, de una humanidad renovada por la fuerza de la compasión y de la amistad sobreabundante” (Puig, 2006,p.397).

Los tiempos del Reino

En el conjunto de la predicación de Jesús, por un lado, el reino aparece como una realidad escatológica futura. De allí la petición del Padre nuestro (Lc.11,2, para “que venga tu reino”). Por otro lado, Jesús parece haber contado con una llegada cercana del reino de Dios (Mt.23,36).

En otros pasajes, la promesa escatológica ya se ejecuta y obra sobre Israel. La salvación escatológica toca ya el presente (Lc.11,20), el reino de Dios ya ha llegado (Mc.1,15). El reino escatológico se encuentra ya aquí. Como realidad se encuentra unido a la persona de Jesús.

Jesús no parece demasiado interesado o preocupado por el término de la llegada del reino. El conocimiento del día y la hora pertenece a Dios y no al hombre (Mt.24,35 par.).

Que el reino tenga una significación escatológica quiere decir que con su advenimiento en Jesús comienzan los tiempos definitivos y finales. En la presencia del reino anunciado por Jesús existe una tensión temporal escatológica. Si bien por un lado, como hemos visto, Jesús anuncia que el reino ya está presente aquí y ahora (p.ej. Mt.12,28), al mismo tiempo habla de su crecimiento (p.ej. las parábolas del grano de mostaza y de la levadura: Mc.14,30-32) y de su

La proclamación del Reino de Dios

consumación (Mt.6,10 par.) Esta doble dimensión, presente y futura, constituye un aspecto esencial de su predicación del reino. Es importante no sacrificar una dimensión a la otra por espíritu de sistema. Ambas dimensiones constituyen el misterio crisológico del reino y también de la Iglesia (portadora ahora del anuncio del reino), y el sacrificio de una de ambas falsearía su verdad completa.

Dicho simplificado: la dimensión presente del reino está constituida por el hecho de una presencia salvífica nueva y activa de Dios en la historia, que es la culminación de la antigua alianza. Esta actuación nueva acontece en la llegada del Hijo, quien obra y habla del reino en nombre de su Padre que lo ha enviado. Pero además, este reino anunciado y presente en sus obras (“que comienza a manifestarse en Jesús”, Vat.II, *Lumen Gentium* n.5), encuentra una primera consumación o realización en el Misterio Pascual de Jesús, en su Muerte-Resurrección-Donación del Espíritu filial (Pentecostés). En la reconciliación obrada por Jesús (Hijo encarnado del Padre y hermano nuestro) y en la posterior donación del Espíritu filial, se da ya una primera consumación o realización del reino anunciado para el futuro por Jesús. Realización o consumación abierta a su crecimiento en el misterio de la Iglesia (*Lumen Gentium* 5: “la Iglesia constituye en la tierra el germen y el principio de este reino”) y a su consumación final y definitiva con la vuelta de Jesús o Parusía para el juicio, la resurrección de todos y la restauración de toda la Creación.

Con otras palabras: el reino llega en forma escalonada, con una tensión hacia el futuro: en primer lugar, en las palabras y las obras de Jesús, que apuntan, no obstante, a la *hora*, a aquella hora de la acción redentora; en segundo lugar, en su Misterio Pascual, en el que integramos (como lo hace Juan en su evangelio) en forma indisociable la donación del Espíritu (Pentecostés); en tercer lugar, en el lento crecimiento de la Iglesia; y en cuarto lugar, en la Parusía o segunda venida del Señor, donde acontecerá la consumación final de la historia.

Esta concepción de un escalonamiento de la presencia del rei-

no presenta importantes diferencias con las corrientes del pensamiento apocalíptico del tiempo de Jesús. Para ellos existía una división bipolar del tiempo: el eón antiguo y el eón nuevo, caracterizado este último por una intervención nueva de Dios, el juicio y la restauración universales, incluida en ella la resurrección general de los muertos (Dan.2, 44; 12,3 y ss.).

Con la venida de Jesús, en cambio, se da una marcada diferenciación en la presencia del reino. Esta diferenciación que hemos llamado sencillamente como un escalonamiento, encuentra ya, como lo hemos dicho, una primera consumación o concreción en sus obras y palabras, y luego con motivo de su Resurrección, como primogénito de entre los muertos (Col.1,18).

Este hecho decisivo escatológico, a saber, que el Padre “lo resucitó, librándolo de los dolores del reino de los muertos” (Hech. 2,24), y lo ha constituido en Señor o *Kyrios*, significaba para el pensamiento judío intertestamentario el comienzo indudable de los tiempos finales. Dicho propiamente, significaba un hecho escatológico de primerísima magnitud. Ya comenzaban ante sus ojos los tiempos finales, en tanto que acontecía la Resurrección de Cristo, miembro de la estirpe humana.

Aquello que el judaísmo apocalíptico esperaba para el fin de los tiempos, he aquí que comenzaba a suceder en Jesús. La espera de una Parusía o vuelta del Señor en gloria, próxima en el tiempo, que atestigua, por ej., una de las primeras cartas de Pablo (1 Tes.4,15 y ss.), es signo del clima escatológico tenso vivido por aquellas primeras generaciones cristianas marcadas a fuego por las experiencias de encuentro con Jesús resucitado y constituido como Señor. Aquello que ya había ocurrido en Jesús no tardaría en ocurrir en todos los demás. Aquel “proceso de resurrección”: (Greshake, Schönborn) comenzado en el Señor Jesús, había de participarse en todos los demás de un momento al otro.

El tiempo que comenzó a transcurrir sin Parusía visible a la vista, enseñó a aquellas primeras generaciones cristianas, que el de-

La proclamación del Reino de Dios

signio de Dios sobre la historia de los hombres se prolongaba hacia un futuro marcado por la presencia del Espíritu en la Iglesia llamada a la misión. Las últimas cartas de Pablo no muestran ya esta espera próxima de la Parusía, sino un ensanchamiento de perspectivas hacia un futuro más extenso, abierto, naturalmente a la Parusía (2 Tim.4, 6 y ss.). También la segunda carta de Pedro muestra este nuevo talante: “Mas una cosa no podéis ignorar, queridos: que ante el Señor un día es como mil años y mil años, como un día. No se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión. El día del Señor llegará como un ladrón” (2 Pe.3,8 y ss.).

Conclusión

Habría que contemplar la vida de la Iglesia, su diaconía y muy especialmente su liturgia, como actualización del reino del Señor que viene, y que dirige, orienta y rescata nuestro tiempo frágil y caduco hacia el tiempo definitivo y transfigurado de la resurrección universal.

El sentido escatológico del reino constituye entonces una característica decisiva que subraya cómo en Cristo se da una actuación nueva y definitiva de Dios en la historia, que por medio del Espíritu del Resucitado se hace presente en el curso de la historia, y se abre a su consumación futura: *¡Maranatha! ¡Ven, Señor Jesús!*